

Aquella mañana de abril, William Campos se adentró en el mar como solía. Su pequeño pesquero se mecía tranquilo, como un animal que se abandona a un sueño inmenso, sosegado por la brisa y amparado por un sol suave que anunciaba calor a setenta millas de Bridgetown. La isla Barbados¹ hacía ya una hora que se había consumido en el horizonte azul turquesa y William pensó que sería un buen momento para lanzar su red al agua. Se ajustó su sombrero de paja, se agachó con fatiga para recoger sus aparejos, anudó, desenganchó, extendió y en breves minutos abandonó su trampa submarina en el mar. Entonces lo vio por

1. Es la isla de las Pequeñas Antillas ubicada más al este, del grupo de las islas Windward o de Barlovento. Mide 34 kilómetros de largo por 23 kilómetros de ancho. La ciudad más grande de la isla es su capital, Bridgetown. Las regiones costeras de Barbados son llanas, y en el interior de la isla presenta terreno montañoso. La mayor elevación es el monte Hillaby, que alcanza los 336 metros.

primera vez. Se tambaleaba titilando en el olvido, como una tacita blanca a la deriva por el Caribe. El pescador cogió sus prismáticos, aguzó su mirada y apuntó a los detalles. Era un pequeño velero, como tantos otros, durmiendo el descanso de los más favorecidos del planeta.

El tiempo en el mar se iba extenuando lentamente y William se entretuvo con aquella imagen blanca resplandeciendo cada vez más cercana, con la curiosidad fortuita que le brindaba un nuevo monótono día. No recordaba si habían pasado una hora o dos cuando el perfil del barco se iluminó con nitidez y creyó divisar que aquel velero carecía de mástil y bandera. Buscó los prismáticos nuevamente y se sumergió intrigado en el horizonte. Entonces comprendió que se trataba de algo extraño. No solo flotaba amputado de mástiles, sino que además el óxido se enmarañaba por su estructura como una perversa enredadera a una pared. Su aspecto era cadavérico, propio de un cementerio de los buques olvidados.

William Campos sintió la voz de su conciencia hurgándole la mente y se dispuso a saciar su curio-

sidad. Elevó su red y dejó caer sobre cubierta cinco o seis pescados que saltaban moribundos. Apretó el interruptor del motor y el barco tosió ruidoso rumbo al velero durante largos minutos. A medida que se iba acercando, la sombra de la muerte iba cubriendo aquella parcela de mar. Un escalofrío sacudió sus piernas cuando el pesquero rozó suavemente las ruinas de aquel velero y un fuerte olor ácido lo envolvió como una nube tóxica. William gritó varias veces en busca de alguna respuesta, pero el silencio allí tan cerca era mucho más intenso. Entonces decidió armarse de valor y amarrar su barco a la embarcación para hacer un abordaje.

Como le narraría horas más tarde al capitán de la marina Tomás González Sánchez Araña, lo que vio sería algo que ya nunca jamás podría olvidar. Once cadáveres en un avanzado estado de putrefacción yacían desordenados por el velero, con signos de haber intentado luchar por unas vidas ya apagadas. Los cuerpos se extendían por la proa, por la popa, en el camarote, sobre el motor averiado, y un último acurrucado como al nacer, cerca de la pequeña escalera que llevaba

al reducido interior. Todos eran hombres de raza negra, aunque Campos no se hubiese atrevido a asegurarlo en aquel momento. El deterioro físico de los cadáveres había avanzado con tal rapidez que habían quedado momificados, sin llegar a la putrefacción.

Al pescador, el horror le oprimió la garganta y tragó un grito amargo que casi lo dejó sin aire. Solo le bastó una breve ojeada para querer huir de allí en busca de ayuda. El infierno, pensó, debía de ser algo semejante a aquello, tan irrespirable, tan hediondo que no podría ser más insostenible. Intentó cubrirse la nariz con su camisa, pero comenzó a sentir que la muerte lo paralizaría allí también, junto a sus fantasmas y quizá junto a algún mal espíritu. Entonces se santiguó y de un rápido salto volvió al pesquero. Desamarró, encendió el motor y se alejó con el hálito de los cadáveres suspirándole para que no los olvidara.

Cuando aquella misma tarde el capitán de marina Tomás González Sánchez Araña, sus hombres y un forense desembarcaron en el velero, el impacto de la escena fue igual de bárbaro y repul-

sivo. Sin embargo, el relato espeluznante que Campos les había hecho en Bridgetown los había alertado lo suficiente como para imaginarse aquella tragedia. Según el forense Andrew Courten, el avanzado estado de descomposición de los cuerpos hacía pensar en aproximadamente tres meses desde el fallecimiento. Como declararían a la prensa después, los cadáveres habían perdido líquido, desapareciéndoles la piel y supurando su grasa al exterior. Esta se había fusionado de tal manera con las prendas de vestir que, cuando fueron descubiertos, aquella mezcla corrupta era lo único que cubría los cuerpos. El forense había asegurado que la identificación era absolutamente imposible a simple vista.

Inspeccionando entre sus enseres encontraron la documentación de treinta y cuatro varones y tres mujeres envuelta en una bolsa de plástico, en un estante del pequeño camarote; billetes en dólares, ropa, envases vacíos de zumos de piña y de naranja con la fecha caducada hacía meses, algunas latas de sardinas en tomate picante fabricadas en Marruecos y algunos números de teléfono de

Guinea Ecuatorial y Mauritania. Pero lo que les llamó especialmente la atención fue una mochila verde cobijada por el cadáver que yacía en posición fetal, adherida a aquella pasta cutánea momificada como si se tratara de un tesoro que proteger. El capitán se puso los guantes blancos, se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo, se agachó y tiró de ella con fuerza hasta que se despegó de aquel amasijo pútrido que la protegía. Una náusea le emergió de las entrañas, pero pronto la mitigó observando el azul transparente del mar. Estuvo así durante segundos dilatados por un asco anómalo, hasta que uno de sus hombres le ofreció ayuda. Entonces dijo que no y decidió terminar su operación lo más rápido posible. Descorrió el cierre, que avanzó sufriendo entre trocitos de desperdicio, y dentro descubrió dos cuadernos y el pasaporte de Marcos Mbá Obama descansando en su oscuridad para siempre. Tomás González Sánchez Araña los sacó de su féretro verde y los hojeó con curiosidad. Estaban manuscritos en español, garabateados con lápiz y bolígrafo. El capitán no tardaría en comprender que se trataba de la única herencia que

legaban aquel cuerpo y aquel velero olvidado del mundo.

Semanas después, la investigación se serviría de este improvisado manuscrito para desentrañar la historia de aquellos africanos que fue transcrita en internet. Yo también me he servido de ella para reconstruir aquella tragedia que leí e imaginé como si la hubiese vivido en primera persona. En él se aclaraban, entre otras cosas, por qué el cabo de la proa había sido cortado limpiamente por un machete o una hoja afilada. No estaba deshilachado, ni desgarrado, parecía como si otro buque los hubiese abandonado a la deriva.

Este relato nace del testimonio de un joven perseverante y lleno de vida que ansió junto a su hermano un futuro mejor. Como él deseaba, ojalá su historia ayude a recordar a estos hombres y estas mujeres que entregaron su vida por un sueño desmedido que Europa hipócritamente ignora porque no quiere perder su lugar en el paraíso.